

B. JUAN BENINCASA

[De la Revista MONTE SENARIO
n. 15, septiembre-diciembre 2001]



En la estela de los Siete Santos

En la estela de los Siete Santos ... En Monte Senario donde se conservan los cuerpos de los Siete primeros Padres, Bonfilio, Amadio, Bonayunta, Maneto, Sosteño, Hujo y Alejo, y su memoria se siente en el suave olor de santidad (cf. 2 Cor 2, 14-15; LO 43). Dicho perfume atrajo muchas personas a compartir su ideal de vida: ellos, en un momento u otro de su existencia, subieron a Monte Senario durante un tiempo breve o menos breve, y hoy, comparten su experiencia. En el siglo XIV, un hombre, Benincasa, originario de Montepulciano, se sintió llamado a vivir como los Siete una vida retirada, en los alrededores empero de otro monte. He aquí lo que les contaremos.

Hombres ... en una tierra amiga

Recluso, en el corazón del mundo

Yo, **Benincasa**,^[1] deseoso de dedicar la vida a Dios, en la Orden de los frailes Siervos de santa María, me hice fraile en Montepulciano,^[2] mi ciudad natal.^[3] Mi vocación religiosa tomó una orientación muy particular cuando me sentí llamado por el Espíritu a una vida más intensa contemplación en la soledad y silencio; me retiré, a la edad de 25 años, en las faldas del monte Amiata,^[4] donde me construí una celda,^[5] en el cual vivió como ermitaño pero manteniendo con la Orden vínculos estrechos de fraternidad. Contemplando la naturaleza que lo circundaba, resonaba dentro de mí la palabra creadora de Dios: «*La tierra produzca sus semillas y los árboles den fruto, que hagan sobre la tierra fruto con la semilla, cada uno según su especie ... Las aguas pululaban de seres vivos y pájaros volaban sobre la tierra, frente al firmamento del cielo ... La tierra produzca seres vivos según su propia especie: animales, reptiles y bestias salvajes según su propia especie*» (Gn 1, 11. 20. 24). «Veía» la mano creadora de Dios en acción. Me fascinaba el canto de la naturaleza, sus colores ... y sentía sus dolores de parto (cf. Rm 8, 22). Entre yo y ella no había separación sino una comunión, una compasión. Me sentía parte del universo.

La madre tierra

En el designio de creación, Dios hizo de la «Tierra» una madre muy amorosa, fecunda y providente. En su inmensa fertilidad ella ha generado (cf. Gn 2, 7) y sigue generando felizmente cientos, más bien miles de hijos. Con extrema generosidad, nos delicia con agua fresca y pura para beber, frutos carnosos y jugosos para comer, suave la hierba verde y fresca en el cual recostarnos, noches y días, meses y estaciones. Desde pequeños, nosotros amamos con ternura nuestra tierra, acariciándola día y noche con las manos y pies desnudos y, a lo largo del tiempo en el paso de las estaciones, elevamos los ojos al cielo, agradecidos a Dios Creador por una madre tan generosa y buena.

La tierra es de Dios y es confiada a las manos trabajadores del ser humano. Es así desde el principio, cuando Dios creó al hombre a su imagen y lo colocó en la tierra, para que la cultivara y la cuidara (cf. Gn 2, 15).

A los Siete primeros Padres, por ejemplo, se le confió Monte Senario, aquel trozo de tierra elevada que obtuvo del obispo Ardingo (+1247). Llegados en la cima del Senario, ellos «*encontraron un claro muy hermosa, aunque era pequeña: en una parte una fuente de óptima agua, todos en torno al bosque muy ordenado, como si hubiera sido plantado por mano humana. Este era verdaderamente el monte preparado por Dios. Aparecía en efecto lo que era más apto al ideal que deseábamos llevar a cabo, sobre todo porque lejos de las casas y su cima plenamente conforme a nuestros deseos de hacer penitencia. Por eso agradecieron a Dios de corazón*» (LO 41) por el jardín en el cual los había colocado. Ellos, y sus sucesores a lo largo de los años lo cuidaron muy bien, como «patria espiritual», ha generado y sigue generando muchos hijos, una familia religiosa.

A mí, Benincasa, en 1400, el Señor que me llamó a una vida retirada ha confiado una porción de tierra celebre^[6] en las cercanías del monte Amiata, marcada por el paso penitente del santo hermano Felipe Benicio (+1285). En aquel lugar, que me ha parecido un jardín, viví en la soledad, cultivando con amor y con mucho cuidado, el corazón feliz y grato. Me he sentido verdaderamente «hijo» de aquella tierra, renacido a una vida nueva, en Cristo.

El agua .. para saciar la ser y sanar

De los Siete primeros Padres, el autor de la *Legenda de origine Ordinis*, dice que en el inicio construyeron en Monte Senario, «con material de poco valor» una pobre morada, ... «regada por una fuente de agua abundante, circundada por una hermosa selva de árboles, embellecida por un prado de hiervas frescas, colmada por Dios de un aire purísimo ... » (LO 44). El agua abundante de la naturaleza, aquel primerísimo elemento de la creación (cf. Gn 1, 1), es como la sangre en las venas del hombre. Si no corre en las venas uno no vive. Nadie puede tener para 'sí dicho elemento vital de la naturaleza. Sobre el agua, todos tenemos necesidad. «Tengo sed» «dame de beber» (Jn 19, 28; 4, 7), dijo Jesús mismo, en su condición humana. Y como maestro, él enseñaba: «Quién haya dado aún solo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, porque es mi discípulo, en verdad les digo: no perderá su recompensa» (Mt 10, 42). Dar de beber a quien esta sediento, pequeño o grande, rico o pobre, joven o viejo, es un gesto importante de acogida, de hospitalidad. Pero hay una sed más profunda: la sed de fraternidad, de amor, de justicia, de paz, de verdad, de una razón de vivir. Si conocieras el don de Dios ... (cf. Jn 4, 10): la fuente que sacia;

Del monte Amiata, aquel antiguo volcán apagado, la más alta de las montañas de Toscana al sur del Arno (alt. 1734 m. s.l.m.), nacen varios cursos de agua y copiosos manantiales, que alimentan los acueductos de Siena y Grosseto. Una agua óptima y muy fresca ... que ha saciado a tanta gente, sedentaria y viajera. Existen también muchas aguas termales entre las que se llaman «Baños de san Felipe [Benicio]», precisamente porque se le atribuyeron a una presencia momentánea del Santo, en los años 1268-1271, cuando los cardenales pensaron elegirlo Papa. Felipe «por humildad verdaderamente cristiana durante algunos días se escondió de la convivencia humana» (LP 16) y escondiéndose en la gruta que todavía lleva su nombre en los pies del Monte Amiata y en las cercanías de donde vivió. Se dice que estando allí, un día, siguiendo el ejemplo de Moisés en el desierto (cf. Es 17, 1-7), él tocó la roca y brotó agua, aquellas aguas termales que hasta hoy son benéficas para tantos enfermos de la piel o en el cuerpo. Esas son un bien para tanta gente que llega y se baña con esas aguas.



Las plantas

Para vivir, trabajé la tierra con fatiga y tenacidad, cuidé varias plantas, oré, reflexioné, y sí, he visto surgir la belleza de la creación y estoy de acuerdo con san Bernardo de Claraval (+1153) que existe un «Libro de la naturaleza» para abrir y leer. Hay mucho que aprender «en la sombra de los árboles» y en los campos. La naturaleza tiene para sí todavía muchos secretos que descifrar.

En pasado, los monjes benedictinos (desde el siglo VIII^[7] al siglo XIII) de la Abadía de S. Salvador, construida en un espléndida llanura a más de 800 m. s.l.m., habían construido un hospital (*xenodoco*), cercano de la abadía. Gracias a su obra y a la presencia de algunas hierbas raras, el arte de la medicina tuvo un desarrollo particular en Amiata. Sí. Por una parte, los monjes tenían conocimientos sobre el uso de las hierbas medicinales fundadas en informaciones que el mundo griego había dejado en

herencia en los textos seguramente copiados y custodiados en la grande y hermosa biblioteca de la Abadía. Por otra parte, Amiata, con sus montañas ricas de agua, vegetación, prados aún en zonas altas donde ninguno tenía necesidad de llevar los animales, producía una gran parte de materia prima para ser utilizada por el monje herborista (*infirmarius*).^[8]

Sé que, en ocasiones de su breve permanencia en Amiata, san Felipe Benicio, «docto en el arte de la medicina»^[9] aprendió mucho de los monjes.

En lo que respecta a mí, cuando llegué a Amiata, lo encontré cubierto de intensos bosques en la zona más elevada, después de castañas, y debajo de olivos y viñas, y los benedictinos se habían ya ido, pero me transmitieron sus conocimientos por medio de la gente local que había sido beneficiada de sus curaciones. Y después aprendí mucho de la experiencia. Yo me hacía vegetariano durante largos periodos,^[10] cultivaba la huerta -observando los ciclos de la Luna y estrellas- habas, guisantes, lentejas, coles, ensalada, cebolla «raíces» como los nabos, zanahoria ... La foresta me ofrecía muchos recursos: nueces avellanas del cual sacaba aceite; el musgo y hojas secas con las cuales favorecían para hacer porciones de elixir y curar el dolor; los hongos, hierbas silvestres además las manzanas, peras, y los mismos árboles que trasplantaba en el frutal. Así conocí varias plantas para utilizarlas como medicina. Como san Felipe Benicio, que siempre consideré como mi padre y maestro,^[11] llegué a ser poco a poco experto en plantas medicinales. Descubrí en efecto, que algunas plantas tenían propiedades curativas, como ejemplo la hierbabuena contra el asma y la náusea: el romero para favorecer la digestión, el apetito, y dar fuerza y luchar contra el agotamiento nervioso; la ruda contra pérdida excesiva de sangre, para hacer orinar más, facilitar la digestión; la salvia muy importante desde los tiempos antiguos de los romanos, para estimular el organismo y curar la piel; el hinojo salvaje, para facilitar la digestión, para estimular -en las mujeres- la secreción de leche, para combatir la náusea e indigestión de aire en el acto de tragar alimentos o bebidas... Por otra parte noté que otras plantas eran venenosas. El ejercicio de esto me ayudó a adquirir competencia en las plantas medicinales que me ha llevado a reflexionar mucho. Como en la naturaleza misma encontramos en las plantas efectos beneficios o maleficios, así en el mundo encontramos, en cada persona, lados buenos y lados menos buenos. Como en la naturaleza misma, para un futuro de salud y de bienestar, se cultivan, explotan, los efectos benéficos de las plantas, así en el mundo, en cada persona, para la felicidad de todos, se identifican, valoran los lados buenos ... ¿No crees tú en esto?

Las flores

He podido admirar la belleza de la creación y es inmensa en la naturaleza, día a día, con el paso de las estaciones. Aprendía a conocer por nombre las plantas y sus cualidades o características.^[12] Las flores, son maravillosas. A veces, quien me visitaba, dirigía la misma invitación de Jesús: «observen como crecen los lirios del campo: no trabajan y no hilan. Sin embargo yo les digo que ni Salomó, con toda su gloria, vestía como uno de ellos» (*Mt 6, 28-29*). Existe mucha distracción, a veces indiferencia, frente a esta polifonía de colores y perfumes y desgraciadamente frente a las personas. Como toda flor, así cada persona llega consigo aquella belleza tan antigua y nueva que siempre hay que descubrir.

Conozco personas que no saben apreciarse por lo que son, que no saben acoger la propia belleza, que nos la aceptan. Pienso en particular a un fraile que he conocido, manteniendo relaciones continuas de fraternidad con la Orden. Tenía hambre, pero tanta hambre, de administración pública, ... Buscaba continuamente los primeros lugares. Quería hacerse notar, ser aplaudido, ... insaciablemente. Desgraciadamente. Su problema estaba simplemente en el hecho que no se aceptaba; no sabía -respeto- apreciar la propia belleza, no se amaba. ¡Qué pena!

Sobriedad y trabajo manual

Decía san Benito: «Son verdaderamente monjes si viven del trabajo de sus propias manos»^[13]. Yo que, como monje en mi ermita, me dedicaba a la oración y penitencia, me ganaba con mi trabajo aquel poco que necesitaba: pan, fruta, legumbres, hierbas, agua ... no quería ser de peso a alguien (cf. *1 Ts 2, 9*). De verano vivía del fruto de la tierra, de invierno hacía cestos. Acogía de buena gana

a la gente que venía a visitarme, empero no me quería aceptar alguna limosna. A contentándome de lo necesario, decía. *«Se vence mejor a nuestro enemigo cuando no se tiene nada»*.^[14] Para adquirir bienes necesarios para vivir, intercambiaba objetos hechos de mis manos. Como el apóstol Pablo pudiera decir, también yo, a mis vecinos y a aquellos que me han visitado: *«Recuerden, hermanos, nuestras penas y fatigas; cómo trabajamos día y noche a fin de no ser una carga para ninguno de ustedes mientras les anunciamos el evangelio de Dios»* (2 Tes 3, 7-8).



Pruebas de la vida

La lucha contra el mal y la enfermedad no es fácil. Ciertamente era necesaria por mi parte una cierta ascesis, una firme voluntad en la lucha, era necesario también la ayuda de Dios, mucha gracia y misericordia, para ponerme de pie. Yo, cuando me tentaba el espíritu impuro, oraba al Señor no de ahorrarme la lucha sino de darme la fuerza para resistir y superar dicha tentación. Cuando estaba enfermo, a menudo, no permitía a nadie que me visitara y me consolara, decidido en la lucha en la soledad, decía: *«El Señor me ha inmerso en el fuero para liberar mi herrumbre»* (Mt 25, 43).

!Mira ... y ponte a trabajar para que sea hermosa la tierra!
Por último, ¿qué puedo decirte, a ti que lees, además de estos aspectos de mi experiencia de fraile encerrado

circundado de la naturaleza, hijo enfermo de la madre tierra?

Quisiera ante todo que decidieras perder una pequeña parte de tu tiempo precioso inmerso en la naturaleza. Sí, párate un poco medita. ¿No la sientes? *«Los cielos narran la gloria de Dios y la obra de sus manos anuncia el firmamento»* (Sal 18 [19], 2), canta el salmista, y tiene razón. Se bien: en la creación el Creador se ha dicho ... y se dice. ¿Lo quieres conocer? Mira lo que ha hecho ... y hazlo Yo te confieso que, viendo las maravillas de la naturaleza, muchas veces en oración he cantado asombrado el cántico de los tres jóvenes (cf. Dn 3, 52-90), invitando a todo viviente a alabar al Creador, Dios de la vida.

Pon tu oído a la voz del salmista: *«del Señor es la tierra y lo que contiene, el universo y sus habitantes. Es él quien la ha fundado sobre los mares, y sobre los ríos la estableció»* (Sal 23 [24], 1-2; cf. Lv 25, 23). ¿Lo entiendes? Ni tu ni yo somos dueños de la tierra, sino más bien hijos, simples administradores. De dueños solo existe uno y es Dios. Como me entristece a veces el ver hombres comportarse de «dueños» sobre «su» tierra: ¡la «comen viva», la mutilan, la desnudan de su manto de belleza y la contaminan!

Es por eso, en los tiempos antiguos, nacieron ciertas leyes que recuerdan a los hombres su condición de hijos de la «Tierra» y los invitan a guardar a la integridad de la creación (cf. Es 23, 10-11; Lv 19, 9-10. 23-25; 23, 22; 25, 1-7; Dt 24, 19-22 ...). La creación, como grande santuario de Dios y madre de la humanidad, tiene que ser cuidada, cultivada con cuidado. Cuando el Creador nos da la vida y nos coloca en una porción de tierra, él nos confía con grande compromiso, casi un misterio: el de contribuir a su obra creadora de belleza ... !y nada menos que eso! Te deseo que alimentes en ti una actitud de respeto, responsabilidad hacia aquella tierra, en la cual estas vivo para el pan que ella dona y en la cual descansarás, liberado del mal.

Benincasa

INNO AL BEATO GIOVANNI BENINCASA^[15]

[testo tradizionale]

[nuova versione (2001), di don Carlo Prezzolini]

Qua volgi, o Giovanni
un sguardo tuo santo,
se indegna di tanto
la terra non è.

Beato Giovanni
sei nostro avvocato,
proteggi il tuo popolo
che ricorre a te.

I voti seconda
di fervide menti,
seconda gli accenti
che salgono a te.

Nella grotta nascosto
meditavi il Mistero,
in silenzio vivesti
pregando il Signor.

Tu pur della vita
gli scogli funesti,
tu pur conoscesti
l'umano dolor.

All'ascolto dei cuori
Giovanni ti desti,
le mani operose
impegnasti al lavor.

Ma in cielo pietosa
ti arrise una stella,
e d'ogni procella
fu vano l'error.

Al Padre amoroso,
al Figlio diletto,
allo Spirito Santo
ci guidi ognor.

Fu lieto il tuo viso
di morte nell'ora,
t'apparve l'aurora
di un giorno più bel.

Alla Vergine Madre
donasti il tuo cuore
e a noi figli suoi
l'esempio ci dai.

Le spoglie tue sante
son arca sicura
pel popol che cura
il tuo nome onorar.

Invoca la pace
al nostro paese,
alle famiglie a te care,
al cuore di ognun.

Dall'alto dei cieli
Giovanni rimiri
i voti e i sospiri
del popol fedel. in terra e nel ciel.

Al Regno di Dio
Giovanni ci guidi
all'amore del Padre

[1] Benincasa nació en torno a 1375. Entró muy joven en la Orden de los Siervos, llevó en 1400 vida solitaria y penitente en una gruta del monte Amiata, en Siena. Según los Annales, él murió el 9 de mayo de 1426. Su cuerpo reposa en Monticchiello bajo el altar mayor de la iglesia parroquial dedicada a los santos Leonardo y Cristóforo. Su culto fue confirmado por Pío VIII el 23 de diciembre de 1829.

[2] Los Siervos tuvieron un convento en Montepulciano de 1262 a un poco antes de 1920. Cf. R. TAUCCI, *Il Convento di S. Maria di Montepulciano e i suoi ricordi*, in: *Studi Storici OSM* 2 (1934) pp. 22-51.

[3] Benincasa nació muy probablemente en Montepulciano. Las *Constituciones antiguas* [c.1280-90] prescribían: «Ninguno entre en nuestra Orden si no en el convento del territorio en el cual ha nacido ...» [*Const. ant.*, cap. 14].

[4] El monte Amiata, llamado antes *Mons Tunii* y después *Mons ad Meata*, del cual Montagnata, y ahora por el pueblo simplemente la *Montagna*, es un grande montuoso aislado, de origen volcánica, que se eleva hasta 1734 m. en el antes Apeninos toscano entre los valles de Ombrone y Paglia.

N.B. En Monticchiello, existe una piadosa tradición -no acreditada en la Orden- que dice que el Beato Transcurrió poco tiempo en el monte Amiata porque, a causa del flujo de los visitantes, quiso, hacia el 1400, alejarse más y trasladarse en las cercanías de Monticchiello en una caverna prehistórica (llamada comúnmente el «Hoyo del Beato») a varios niveles, casi inaccesible, en el cual se han encontrado restos pertenecientes al Neolítico. Se dice que en aquella gruta, cercana a la cual había una cascada del torrente Tresa, Benincasa transcurrió los últimos veinte años de su vida [cf. NERI Vasco, *Monticchiello. Storia di una comunità* (Cantagalli, Siena 1986) pp. 95-102].

[6] El suelo de Amiata es particularmente famoso, en las cercanías de la Abadía San Salvador, por sus importantes minas de sulfuro de mercurio, del cual se extrae el metal, o antimonio y sus aguas termales.

[7] Según una leyenda, Racthis, rey longobardo, tuvo en 743 d.C. la visión del Redentor en la cima de un abeto, en las cercanías del Amiata, y se convirtió a la religión católica. Él solicitó la fundación de un monasterio en aquel lugar y eso sucedió en 763 por obra del monje Erfone, bajo el reinado de Adelchi y Desiderio. Era interés de los Longobardos fundar una abadía ya que estas desarrollarían un importante función de centros administrativos de poder real, más allá del valor religioso que siempre sobrevivió a la decadencia.

[8] Cf. MAZZA Franco, *Itinerari alla scoperta delle erbe officinali del Monte Amiata* (Stampa 2000, Abadia San Salvatore 2001) p. 16.

[9] La expresión «*in medicinalibus doctus*» viene de la *Legenda vulgata de san Felipe Benicio* [LP 1].

N.B. Según fray Paolo attavanti (1462-63), san Felipe cultivó este arte a los 18 años de edad, es decir para asistir a las *Scholae de las universidades*. Según fray Arcangel Giani (1604), san Felipe estudió filosofía y medicina en París, y se doctoró por lo tanto en dichas materias en Padua.

[10] *Las Constituciones antiguas* [c.1280-90] prescribían: «*No se coma carne en el convento durante ningún tiempo del año, sin embargo los alimentos pueden ser condimentados con jugo de carne. Los priores pueden de vez en cuando a este respecto dispensar a los propios frailes, siempre empero en el respeto de la regla*»[*Const. ant.*, cap. 8].

[11] Del beato Benincasa, fray Paolo Attavanti escribe: «*Sed iam ad Benincasam, illius [san Filippo Benizi] tanti patris filium vereque discipulum, redeamus* » [ATTAVANTI P., *Paulina praedicabilis* (1494), in: *Monumenta OSM* 11 (1910) p. 118].

[12] Existen en Monte Amiata al menos 400 plantas oficiales. Cf. MAZZA Franco, *Itinerari alla scoperta delle erbe officinali del Monte Amiata* (Stampa 2000, Abbadia San Salvatore 2001) 221 p.

[13] «*Vere monachi sunt, si labore manuum suarum vivunt* » [S. BENEDETTO, *Regola* 48, 8].

[15] Si trata del himno cantado, en Monticchiello, en la memoria del beato Benincasa.